

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO
DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCIÓN DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

JESUCRISTO.

III.

Todos los pueblos del mundo civilizado, ramas permanentes ó desgajadas del tronco de la Iglesia, rememoran en este día un hecho sobremanera grande y maravilloso, un hecho único en su clase, un hecho que nunca se ha reproducido ni siquiera parodiado en cuantos siglos y naciones abarca el gran libro de la historia. Un hombre, de cuya muerte acaecida entre horribles tormentos no podía abrigarse la menor duda, salió por su propia virtud de las regiones del sepulcro y aspiró de nuevo las auras de vida que de todo punto le habían faltado. Este fenómeno tan contrario á las leyes de la naturaleza ¿es uno de aquellos acontecimientos raros, pero reales y verdaderos, ante los cuales es preciso humillar la frente, ó es una de aquellas fábulas, que fabricadas por la impostura y propaladas por la credulidad ó la intriga, se estienden como la niebla, pasan á la categoría de errores populares y llegan á dominar hasta en la inteligencia mas suspicaz y precavida? He aquí planteado con otros términos el mismo altísimo problema: *¿Quién es Jesucristo?*

Si se admite la verdad de su resurrección, no hay que darle vueltas; su divinidad es á todas luces evidente, y el racionalismo estrechado por la fuerza de la lógica tiene que confesar que la persistencia en negarla no es solo flaqueza del entendimiento sino crimen de un

orden superior á cuantos pueda inducir el hervor de las pasiones. Pero si Cristo no resucitó de entre los muertos, vana es nuestra fe, como lo dice el mismo S. Pablo; porque entonces tendríamos una prueba terminante de que el Hijo del hombre no había traspasado los límites de la humanidad. Al ver su frente marcada con el sello de la muerte reconocemos su naturaleza humana, y solo admitimos su naturaleza divina al ver como desaparece aquel sello perdiéndose entre los esplendores de su resurrección triunfante. En el Hombre-Dios pudo ensayar la muerte los filos de su guadaña bajo la condición de ser vencida en esta misteriosa lucha; mas por grandes que sean las prerogativas de un sér puramente humano, nunca podrá eludir los rigores de una ley comun, para todos igual y para todos inexorable. Y si es de todo punto imposible el substraerse al imperio de la muerte, no lo es menos reanudar por sí mismo el estambre ya roto de la vida, y la temeraria asercion de obrar cualquiera de estos dos prodigios no podría menos de ser acogida con el mas frío desden ó con el mas significativo desprecio. En la conciencia del linaje humano está que semejante afirmación, tomada en serio y en su recto sentido, no pudiera salir sino de los labios de un insensato.

Pues si Jesucristo no fué mas que un mero hombre ¿cómo pudo dar á entender que lo último sucedería en su persona? ¿Cómo no le abandonaron sus secuaces al oírle proferir tan

estravagante paradoja? ¿De dónde pudo sacar cualidades tan extraordinarias que hiciese posible la creencia en su resurrección? ¿De qué medios pudo valerse para trastornar las nociones más vulgares y más absolutas respecto á la vida y á la muerte, nociones fundadas en la constante experiencia de todos los siglos y de todas las gentes? ¿A qué debe atribuirse el extraño poderío de su palabra, capaz de influir en la opinión pública hasta el punto de dejarla bien preparada para admitir la contingencia y creer en la realización de un hecho tan asombroso? Si su palabra no era más que la palabra de un hombre ¿de dónde le venía esta fuerza persuasiva que se dejaba atrás la elocuencia de Demóstenes y Cicerón?

Verificado el sangriento drama del Calvario los pontífices y fariseos no quedaban todavía satisfechos con su desenlace: algo de áspero y desabrido les hería en el paladar mientras saboreaban el ponzoñoso fruto de su envidia. Recordaban que Jesucristo había profetizado su resurrección y no ignoraban que entre el pueblo habían cundido las noticias de esta profecía, y esto bastó para que se sintieran sobrecogidos de un temor verdaderamente pueril, vano y risible á los ojos de su orgullosa filosofía. Si esta les aseguraba que tal predicción no podía ser más que un arranque de vanidad jactanciosa, ¿á qué amedrentarse con la idea de una resurrección apócrifa clandestinamente referida? ¿Qué serías maquinaciones podían traer su origen de una patraña, mal urdida por unos cuantos ilusos que acababan de huir y de esconderse como un rebaño de tímidos cervatillos? Para acabar con el ascendiente de Jesús sobre las turbas ¿no eran más que suficientes los atropellos del huerto y los improperios del pretorio y las ignominias del Calvario? ¿Quiénes eran unos pobres pescadores para rehabilitar su memoria en un pueblo del cual ellos se titulaban guías y maestros? Y en el caso improbable de que este pueblo veleidoso les diera crédito, ¿no se empeñaría desde luego en ver con sus propios ojos al resucitado? ¿Y qué hacían entonces los forjadores del engaño? ¿Lo ridículo de su situación no les bastaría para castigo de

su protervia? ¿A qué pues ese afán de superfluas precauciones para cerrar el paso á un nuevo error peor que el primero? ¿No pudiera deducirse de aquí que algo habría en su conciencia que pugnaba con su razón, y que á los adversarios de Jesús para dormir tranquilos no les basta su filosofía? ¿Cuándo ha sido necesario tener custodiado un cadáver para impedir que se le suponga restituido á la vida? Apenas consumado el horrendo fratricidio en que la muerte ejerció su primer acto de jurisdicción sobre la humanidad, posible es que Cain aturdido y espantado de las consecuencias de su violento arrebato, contemplase con azorados ojos el pálido y desangrado cuerpo de su hermano, tal vez dudaría de lo que estaba viendo, no comprendería aquella inmovilidad que le aterraba, sacudiría con frenético ahinco los inertes miembros de su víctima, llamaría á gritos con desesperada angustia, y al presenciar aquellos accidentes para él desconocidos confiaría tal vez en que no habían de tener más duración que la de un profundo letargo; pero de entonces acá para estar seguros de que la muerte nunca devuelve su presa, ninguna necesidad hay de acudir al testimonio de los sentidos.

El racionalismo que niega á Jesucristo su esencia divina, claro está que no acepta el hecho de su resurrección por más que plenamente acordos la refieran los cuatro evangelistas. Dejémosle que acuda al mito para interpretar los sagrados textos, ó que teja ridículas suposiciones para explicar el asentimiento de los discípulos y de los pueblos á un hecho que califica de absurdo, y que es sin embargo la base indestructible del cristianismo. Consienta ó deje de consentir en que Jesucristo resucitara el tercer día de entre los muertos, nadie osará negar que no una sino muchas veces había anunciado que así sucedería. Esta predicción no la había confiado exclusivamente á sus discípulos más fieles; conocíanla sus partidarios más tibios y hasta sus enemigos declarados. El rumor público la había esparcido sin duda por todos los ángulos de Judea, y el recelo de los que acudieron á Pilatos para hacer abortar cualquier pro-

yecto que tendiese á confirmarla, bien claro demuestra que ni ellos ni los prosélitos de Jesus la entendian en un sentido meramente translaticio, ni como una vaga alusion al dogma de la resurreccion general impugnado por los saduceos. Digna es de particular estudio la insistencia de Jesus en manifestar que terminaria el curso de su vida de una manera violenta y prematura, y que muy luego empezaria para él una vida indeficiente y gloriosa. Desvanecidos los resplandores del Tabor como los brillantes y tornasolados celages del crepúsculo vespertino, manda á los tres que le acompañaban que á nadie digan lo que han visto hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos. Estando con los demás en Galilea les dice: «Poned en vuestros corazones estas palabras: El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres, y le matarán y resucitará al tercer dia.» Y ellos se entristecieron en extremo. Larga mas no difícil tarea seria la de citar testualmente la multitud de pasages de los santos evangelios que reproducen estas ideas ya con frases explícitas y concretas, ya bajo el trasparente velo de alusiones y alegorías, como la de Jonás que sale del vientre de la ballena ó la del templo de Dios en tres dias reedificado. Ello es indudable que Jesucristo repitió con frecuencia la promesa de que rompería por sí mismo las ataduras de la muerte, para dar al mundo con este hecho singularísimo una prueba incontestable de su mision y el testimonio mas elocuente de su divinidad.

Mas, si Jesucristo no traspasaba el nivel de la humanidad y si su inteligencia llegaba siquiera al nivel de la medianía, ¿cómo dejó de comprender la vanidad y el absurdo de tales promesas? ¿A qué intento respondía una impostura de suyo tan frágil y vidriosa despues de tantos esfuerzos para fabricarla y sin ningun medio de precaver su inevitable ruina? ¿Dónde estaba la luz de su razon que no le alumbraba para ver la estravagancia de su empeño? ¿Podía ignorar que aun cuando llegara á ser creído, sus palabras habian de verse formalmente desmentidas por el curso natural de los acontecimientos? ¿Cómo llevar adelante

el engaño cuando su cadáver permaneciese inmóvil, rodeado de espectadores que tristes ó curiosos, palpitantes de inquietud esperarían en vano la resurreccion prometida? ¿O es que la grandeza de sus propósitos se reducía á recibir por unos cuantos años el incienso de sus ilusos adoradores, que nada notable y duradero pretendía fundar con sus doctrinas, que nada le importaba lo que de él pensarian las generaciones venideras? ¿Y este es el Cristo á quien el racionalismo saluda con el título de filósofo insigne? ¿Y este es el gran carácter humano que se le otorga como indemnizacion al despojarle de su carácter divino?

Si Jesus no era mas que un hombre, mal podía ignorar que tarde ó temprano caería entre las garras de la muerte, y que de esta nadie escapa ni siquiera mal herido, como algunas veces el polluelo que chilla ya entre las uñas del milano. ¿A qué aspiraba pues embaucando al mundo con la promesa de su resurreccion cien y cien veces reiterada? Mas ay! que si se recorren todas las páginas de los santos evangelios, si se fija siquiera la atencion en las últimas que describen la pasion del Hijo del hombre, ó hay que reconocerle como Dios ó habrá que confesar que no era un engañador sino un engañado. Esta consecuencia es tan obvia, tan legítima, tan patente, que para hacerla comprender no hay necesidad de dar á las premisas todo el desarrollo de que son susceptibles. El que en la noche de la cena decía á sus discípulos: «Sé que voy á morir, pero despues de resucitado iré delante de vosotros á Galilea;» el que maniatado y oyendo los rugidos de cólera de sus enemigos decía á sus jueces: «Dentro de poco vereis al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo;» el que hecho ludibrio de las gentes y sufriendo las agonías de una muerte horrosa decía á su compañero de suplicio: «Con toda verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraiso»... de seguro que no trataba de engañar: ó es un Dios, ó estaba tristemente engañado. La conviccion íntima de su poder sobrenatural, la seguridad completa de su resurreccion estaban mas fuertemente clavadas en su espíritu que no lo estaban sus piés y

manos en el afrentoso madero. Pues si de tales ideas se hallaba poseído, si estas le asediaban noche y día, si no se tropieza con un intervalo de lucidez en que las rechazara, ¿cómo no deducir que su razón estaba sujeta á constantes eclipses? ¿Y quién da cabida á tales aberraciones sino un cerebro enfermo? Oh! no hay que llevarle al pretor como á cabeza de motin que trata de subvertir el orden público y levantarse contra el poder de Roma: no hay que acusarle delante los pontífices del Sanhedrin como á blasfemo y perturbador del sistema religioso; conducidle á una junta de médicos para ver si es posible devolverle la salud y libertarle de la continua obsesión de sus extravagantes alucinaciones. La lógica no tiene entrañas. ¡El gran regenerador de la humanidad no es mas que un inveterado maniático, un pobre demente!

Filósofos del siglo, que tratais de cubrir los hombros de Jesus con uno de vuestros raídos mantos, como los soldados del pretorio con una vieja púrpura al saludarle con el *Ave Rex*, desistid ya de tan repugnantes ironías. Si no quereis reconocerle como á vuestro Dios, dejad su nombre á los que sinceramente como á su Dios le adoran. Suprimid esos calificativos que tan mal reemplazan al de Hombre-Dios que es el suyo propio y exclusivo. ¿No veis que estais haciendo gala de ignorantes cuando solo pretendéis hacerla de impíos? Para insistir en vuestros pérfidos elogios es necesario que rompáis antes todas las páginas de los santos evangelios, y entonces ¿cómo hablar de Jesus si no respetais las tradiciones de la Iglesia, ni de él os quedan otros documentos fidedignos? Así no podeis continuar sin veros sumergidos en un mar de confusión, de tinieblas y de contradicciones. Oh! abrid ya los ojos á la luz; abridlos ante los resplandores que despide el Cristo resucitado; volved á la fe de vuestros mayores, y despues de haber corrido extraviados por las sendas del error, reposareis en brazos de la verdad esclamando con S. Paulino de Nola:

... per singula quæque cucurri;
Sed nihil inveni melius quam credere Christo.

T. AGUILÓ.

LAS SIETE PALABRAS DE HAYDN.

Grandes dificultades ofrece la música, y mas si es música sublime, al que intente analizarla con vocablos. Si este arte es mas espiritual, por decirlo así, que el de la palabra en la interpretación de los sentimientos, ¿cómo podrá dárlo á comprender é interpretar la palabra? La pintura y la poesía tienen formas de expresión mas tangibles y materiales: la materia del cuadro, la posición de las figuras, el tono del colorido, todo esto puede expresarse y dar una idea aunque imperfecta de la primera; y en cuanto á la poesía el análisis es aun mas fácil, pues se practica por medios homogéneos; ¿pero quién representará los sonidos? Si al hablar uno de la música se interna en el tecnicismo del arte, aquella reunión de voces exóticas nada dice á los apasionados por sentimiento (que en la música especialmente son muchos), nada dice tal vez á los mismos profesores; por otra parte, si prescindiendo de la causa consideramos solo sus efectos, si abandonando el arte apelamos al sentimiento, decir vagamente que tal música es triste, sublime, desgarradora, dulcísima etc. es no decir nada, pues en cada afecto caben mil géneros de expresión y no hay ópera adocenada de la cual no se haya dicho otro tanto. Además las pinceladas quedan inmóviles sobre la tela y las letras sobre el papel, pero los sonidos vuelan; las pinceladas y las letras dicen solo una cosa, pero los sonidos dicen mil, son un enigma que se resuelve segun la inteligencia y situación de cada cual, son un horizonte inmenso que se dilata mas ó menos segun la perspicacia de la vista que lo contempla.

La obra tal vez maestra del gran compositor José Haydn entre las nuevecientas que produjo su inspiración inagotable, la obra hecha expresamente para España habrá unos ochenta años y de cuya posesión pudiera esta envanecerse como de la del *Pasmo de Sicilia* y de la *Perla de Rafael*, aunque poco conocida en la península fuera del círculo de los profesores, ha hecho sentir en nuestra ciudad sus bellezas á mas de una generación, y sus ricos temas se confunden casi con las melodías populares de nuestra infancia. Diríamos, si fuese posible, que se halla entre nosotros vulgarizada. Ningun año deja de oírse, aunque reducida solo á la parte instrumental y muchas veces á simple cuarteto, en muchos de nuestros templos durante la semana santa: sus sonidos parecen los exclusivamente vinculados á la memoria de la pasión del Redentor. Y cuando llega el aniversario solemne en que se pronunciaron las solemnes palabras que comentan, cuando sobre los

altares colgados de negro destaca nada más el doloroso grupo del Calvario y los ojos no ven sino lo que debe ocupar el pensamiento, cuando alternan sus graves melodías con la voz del sacerdote en las tres horas de agonía del viernes santo, su efecto llega hasta el prodigio.

La música de Haydn es en sí misma de naturaleza tal, que aun oída en medio de un bullicioso salón, helaría las piernas de los danzantes y haría asomar las lágrimas en rostros placenteros; porque no es de aquellas músicas que se llaman sagradas, y de las cuales en caso de apuro pudiera sacarse un lindo repertorio de valeses ó de cancioncitas: no son sus acentos de aquellos ambiguos que así se acomodan al amor como á la ira, á la pena como al contento, y que sin el libretto y la pantomima de los cantantes serían una colección de sonidos sin objeto como sin efecto. Haydn con sus acentos ha abierto el cauce por el cual debe correr forzosamente con más ó menos caudal la imaginación de cada uno, y esto sin que nadie lo hubiera trazado antes, sin letra alguna que le guiara, pues no ignorarán nuestros lectores que la letra que tienen las siete palabras no fué sino compuesta posteriormente por el hermano de Haydn; y no dudáramos desafiar á cualquiera por más imaginación que tenga á componer una letra distinta para aquellos acentos tan elevados y espirituales, pero al mismo tiempo tan acertados, tan inflexibles por decirlo así en el sentimiento que espresan. Y no se diga que la materia le favorecía; pues la muerte de Jesús por la inmensidad de sus resultados, y cada una de las palabras que pronunció moribundo por la variedad de afectos que escitan, es tal vez el tema más vago é ilimitado que pudiera proponerse.

Haydn desdeña la pueril imitación con que algunos, esclavizando su música á la letra que tienen delante, atienden no tanto al espíritu de la situación como al sentido material de cada palabra, abusando de la armonía imitativa; Haydn desdeña los chillones contrastes y las bruscas transiciones del fuerte al piano, del grave al alegre con que intentan sorprender los compositores medianos; sus transiciones son preparadas y suaves en medio de la rapidez con que varían y se suceden los afectos; su música corre ligada y unida, no á chorros, sino como una corriente ora sesga y dulce, ora mugiente é impetuosa; sus pausas no harto frecuentes, pero colocadas con efecto, hacen verdaderamente esperar algo, al paso que parecen dar descanso al ánimo agitado por las emociones anteriores; sus *crescendos* van desarrollándose lo mismo que las pasiones que

representan. Al principio la voz ó los instrumentos anuncian ténue y casi tímidamente el motivo, como los afectos en su germen encerrados aun en el fondo del alma; poco á poco van aumentando, subiendo, engrosándose con el refuerzo de nuevas voces é instrumentos; del corazón suben á los labios, y el murmullo llega á ser grito derramándose en raudales de armonía. A veces con el auxilio de los *pizzicatos* parece la instrumentación trémula y oscilante como si se oyeran los latidos del corazón; á veces parecen entrecortadas las voces por sonidos ténues ó agudos á modo de sollozos ó gemidos... Pero ¿quién pretenderá reducir á determinadas clasificaciones aquella inmensa variedad de motivos y modulaciones? Nada de aquella monotonía de cortes, de aquella vulgaridad de conclusiones, de aquel descuadernamiento, digámoslo así, de instrumentos y de voces, y de estas entre sí, defectos tan comunes en la música italiana; todo marcha aquí enlazado, acorde, nunca confuso, todo es armonía difícil y grandiosa. Pero la armonía en nada daña á la melodía como creen muchos vulgarmente; y bastaría ver esta obra en que apenas hay un compás que carezca de melodía celestial para persuadirse de que la profundidad puede conciliarse con la dulzura, la grandeza con los encantos, y que también los colosos pueden revestir las formas de los ángeles.

Sirve de introducción un llanto suavísimo que imitan los violines y que indica que va á pasar algo de fúnebre y doloroso, al paso que ciertos acentos solemnes y de espectación anuncian que el que va á morir es algo más que un hombre. Este doble carácter de pena y grandeza constituye el fondo de toda la obra, rindiendo al Dios hombre el doble homenaje de lágrimas y adoración.

La primera palabra es una afectuosa deprecación al Padre para que nos perdone en nombre de aquel que desde la cruz perdonó á sus verdugos. De entre las voces todas que pronuncian con rubor y confusión sin igual

Noi pure peccatori—Di colpe siamo rei

se eleva suavemente la voz de la súplica llevada en alas de la esperanza que canta:

Ma fia che ci ristori—Ei che per noi mori.

Pero la súplica de la segunda palabra constituye sobre todo un canto bellísimo á cuatro voces y dominado por el tiple empezado en tono menor y repetido luego en tono mayor, al cual responden voces inimitables de perdón y gracia, cosa tan difícil de espresar en música, y cuyo tono aun sin letra dice ya: *Oggi meco sarai in paradiso*. De pronto sorprende un gemido tristísimo del oboe, y es que

al suplicante se le presenta la idea de la muerte, y pide para aquella hora el perdón de su redentor.

¡Qué exclamaciones de compasión tan entrañables aquellas de *madre* con que principia la tercera palabra, y que en el resto de toda ella se hallan esparcidas y repetidas en diversos tonos y modulaciones! Todo es llanto en esta palabra como para acompañar al que vertía la Madre dolorida, y cuando por intervalos enmudecen las voces ahogadas del dolor, continúan el llanto los flébiles instrumentos de cuerda. Un *crescendo* magnífico de todas las voces, del *pianísimo* al *fortísimo*, en aquel pasaje

Cuando morte s'avvicina—Non lasciarmi in abbandon parece el clamor de la humanidad implorando á la Madre de los dolores, y llega á su colmo en el *mi-serere* que suena como un grito de socorro en el naufragio.

El principio de la cuarta suena lúgubre y desconsolador espresando el misterioso y terrible abandono del Hijo del hombre, pero de repente toma una suavidad de modulaciones inesplicable: es el alma fiel que pretende consolar á Jesus en la soledad, que le jura eterno amor, que pregunta quien puede dejar de amarle. ¡Qué fuerza no tiene aquella interrogación *Chi?* repetida! qué dulzura aquel *soffrir per noi volesti, scherno, pena e rio dolor!* qué pasión aquella protesta final!

No, non fia che il nostro amor—Fia diviso del Signor.

Hay cosas que no encuentran espresion sino en el idioma de los ángeles.

Después de un prolongado *pizzicato* que parece imitar la fatiga del sediento ó el estertor del moribundo, canta el tenor tristemente *tengo sed*, y luego rompen todas las voces ora en clamores de indignación contra los verdugos, ora exhortándoles á piedad, y en medio de ellas sobresalen los tiplees exclamando repetidas veces *crudi* (cruels), ora reprendiendo, ora llorando, como si los ángeles en el cielo se horrorizáran también de tanta ferocidad. Esta palabra es de las que mas efecto producen por su novedad y contraste de tonos.

Pero la sexta llama toda nuestra atención. Todas las voces entonan con una gravedad parecida á la del canto llano *consummatum est*. Reina en toda esta palabra en la instrumentación un motivo animadísimo de contento y de victoria, porque está consumada la grande obra de la redención; pero las voces van tomando tonos diversísimos, ora de reprensión á los infelices cegados por el pecado, ora de exhortación á que se conviertan: *Uomo, pensa á te*, exclaman con solemnidad; *cosa mai tu dir potrai?* preguntan, y parecen anunciar la segunda venida

del Hijo del hombre ceñido de gloria. El *ah! per voi non v'è mercede* resuena terrible como la sentencia de reprobación. Y la instrumentación prosigue en sus acentos de victoria, como que todavía triunfa la clemencia, y permanecen abiertas las puertas del cielo. Es incomparable la alta filosofía cristiana que hay oculta en aquellas modulaciones.

El duo de tenor y contralto que cantan sobre un motivo suavísimo de la séptima palabra:

Nelle tue man, signor—Lo spirito mio darò
el de tenor y tiple que con tal desfallecimiento pronuncian,

Nel dir così—L'uom Dio mori,
el canto de triunfo en vez de llanto que sigue á estas palabras, porque aquella muerte no es muerte sino victoria, aquel sollozo de violines que acompaña al *mori coi peccatori*, aquellas contestaciones de voces que repiten á lo último la palabra siempre con mayor desmayo, primero por el tenor y contralto, luego por el contralto y tiple, después por el tenor y últimamente por el bajo solo acompañado solo por la trompa, hacen esta palabra digna de ser la última, y espresan dignamente la agonía del Salvador, dejando el alma en espectación... cuando rompe súbitamente la orquesta en sonidos broncos y descompasados, entre los cuales resuena el terrible grito *l'uom Dio mori*, que se dilata por las cavidades de la tierra. Rómpanse las piedras unas contra otras, ábrense las tumbas, óyense las voces agudas de las almas que salen de sus sepulcros, la instrumentación pierde su ritmo; imposible parece que aquellos instrumentos, antes tan suaves, produzcan una confusión, tan acorde sin embargo en medio de su órden. ¿Quién entonces no sintió discurrir por sus venas un frío temblor?

J. M. Q.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

En la brillante reunion del 10 del actual, domingo de Ramos, continuando el digno sacerdote D. Raimundo Sureda el hilo de sus discursos, comparó al hombre respecto de su Hacedor al agua del mar que formando con su evaporación las nubes, desatada en lluvia y corriendo por fuentes y arroyos, vuelve al fin de su peregrinación al océano del cual dimana. Dos tendencias observó en él que constituyen sus mas relevantes *disposiciones naturales para la fe*; la una es la de espiritualizar y dar vida á cuanto le rodea, la otra de remontarse á las misteriosas fuentes de su origen, es decir al Sér supremo. En ellas cifró el principio constitutivo de la

religion natural en órden á las relaciones con Dios y con nuestros semejantes, que se reservó desarrollar en otra conferencia.

Cantóse en seguida á toda orquesta el magnífico *Stabat Mater* de Rossini, sorprendiendo á los mas inteligentes la afinacion de las voces y el buen efecto de los nutridos coros, digno de admirar si se atiende al corto tiempo que llevan de instruccion la mayor parte de los cantantes y al escaso desahogo que á ella pueden dedicar como simples aficionados.

CRÓNICA DEL CONCILIO.

CONGREGACIONES GENERALES.

El miercoles 30 se celebró la xxxvii congregacion general. Como se vé los padres trabajan con grandisima actividad, siendo su intencion, así como la del papa y cardenales presidentes, que haya congregacion todos los dias si es posible, escepto los domingos.

En la que se celebró el dia 30 el señor obispo de Bressanone subió á la tribuna y en nombre de la comision de *Fide* dió á la asamblea esplicaciones sobre una enmienda del primer capítulo, enviada á la comision para una modificacion ligera.—Los padres votaron casi unánimemente los acuerdos de la comision.

Despues se pasó á la discusion del capítulo 3.º del *schema*, y hablaron los reverendos señores Ballerini patriarca de Alejandria, Vaneza arzobispo de Fogaras, Rivet obispo de Dijou, Gignoux obispo de Beauvais, Cantinorri obispo de Parma, Caixal y Estrada obispo de Urgel, Ferré obispo de Casale, Martínez obispo de la Habana, Magiasco obispo de Bolivia, Yandel general de los dominicos, Melchers arzobispo de Colonia.

El cardenal de Angelis levantó la sesion anunciando la siguiente para el dia inmediato. Despues de cada sesion uno de los cardenales presidentes va á dar cuenta al papa de lo que ha pasado. Se asegura que Pio IX está muy satisfecho del resultado de la sesion del 29.

Segun todos los informes, los asuntos del concilio marchan perfectamente. Los primeros votos han sido casi unánimes y muestran que el espíritu de union reina en el corazon de los obispos, llenándolos de confianza y de alegría. Se vé la obra del Espíritu Santo.

Como estaba anunciado el 31 de marzo á la hora y en el local de costumbre se celebró la xxxviii congregacion general. Despues de la misa y de la oracion prescrita, continuó la discusion sobre el capítulo 3º del primer *schema* de *Fide* revisado.

Hablaron sucesivamente los reverendos señores Errington obispo *in partibus* de Trebisonda, Monzon y Martin arzobispo de Granada, Dupanloup obispo de Orleans, Amat obispo de Monterey, Dabett obispo de Perigueux, Meurin de la compañía de Jesus obispo de Ascalon vicario apostólico de Bombay (Indias Orientales), Hefelé obispo de Rottemburgo, Gandolfi obispo de Civita-Vecchia, un obispo del Perú, y por último el señor obispo de Paderborn (Prusia) que habló en nombre de la comision de *Fide* para responder á algunas observaciones.

El señor obispo de Orleans leyó como otras veces las observaciones que hizo.

En esta sesion se distribuyó á los padres la version definitiva del capítulo 1.º, cuyas enmiendas fueron votadas en la congregacion del 29.—En la congregacion del 1.º de abril se esperaba votar este capítulo y terminar la discusion del 3º, empezando la del 4º y último del *schema*. Se asegura que este será promulgado por Pascua.

Asimismo se cree que inmediatamente despues de Pas-

qua empezará la discusion del *schema* de *Ecclesia*, 2.º dogma, en el cual está el capítulo de la infalibilidad.

Se celebró la xxxix congregacion general el 1.º de abril á las nueve de la mañana, diciendo la misa el señor arzobispo de Mosul del rito sirio.

Los cinco cardenales presidentes ocupaban sus bancos de honor. El de Angelis rezó la oracion de costumbre.

En seguida se votó definitivamente el primer capítulo y cánones correspondientes del *schema* que fué aprobado casi por unanimidad.

Despues continuó la discusion y hablaron sucesivamente los reverendos señores Dubreuil arzobispo de Aviñon, Marguerie obispo de Autun, Gandolfi obispo de Civita-Vecchia, Renaldi obispo de Pignerol, Ginoulhiac obispo de Grenoble, Caixal y Estrada obispo de Urgel, Celesia obispo de Patí, Ferré obispo de Casal, Magiasco obispo *in partibus* de Bolivia, Ricca general de los Mínimos, Gaztaldi obispo de Saluces, Hermillod obispo de Ginebra.

Terminada la lista de los oradores inscritos el cardenal de Angelis, reservando á la comision de *Fide* el derecho de hablar, declaró cerrada la discusion sobre el cuarto y último capítulo del *schema*, y levantó la sesion. Era la una.

Se da bastante importancia á esta congregacion porque es la primera en que se han admitido anatemas.

Faltan que votar las enmiendas de los capítulos 2.º, 3.º y 4.º, y despues la votacion definitiva de los capítulos, lo cual se hará en dos ó tres sesiones.

La xxxx congregacion general se celebró, segun estaba anunciado, el lunes 4 en la basilica de san Pedro á las nueve de la mañana. El tiempo estaba hermoso y habia mucha gente en el templo para ver la llegada de los obispos.

Dijo la misa de Espíritu Santo el señor arzobispo de Nueva-York y el cardenal decano rezó la oracion de costumbre. Despues empezó la votacion sobre el segundo capítulo del *schema* de *Fide*.

El señor obispo de Bressanone en nombre de la comision subió á la tribuna y dió varias esplicaciones sobre el primer párrafo del capítulo y las modificaciones ó enmiendas propuestas por varios padres. Dividió las enmiendas en cuatro grupos hablando sucesivamente de cada uno de ellos. Despues de hablar el prelado, se votaron separadamente las enmiendas, siendo en todas casi unánime el voto de los padres del concilio. El cuarto grupo de enmiendas no fué votado, porque era ya muy tarde y el cardenal presidente levantó la sesion.

El dia 5 á la hora de costumbre se celebró la xxxxi congregacion general diciendo la misa el señor arzobispo de Zaragoza.

Despues continuó la deliberacion y votacion sobre el 4.º grupo de enmiendas presentadas al segundo capítulo del *schema* ó sea enmiendas del cuarto párrafo. El señor obispo de Brixen en nombre de la comision subió dos veces á la tribuna y dió amplias esplicaciones sobre estas enmiendas, que fueron sucesivamente aprobadas ó rechazadas casi por unanimidad todas, segun el dictámen de la comision. Asimismo se votaron los cánones de este segundo capítulo.

La sesion se levantó á las once y media.

Celebróse la xxxxii congregacion general el dia 6, diciendo la misa el reverendo señor Steins de la compañía de Jesus arzobispo *in partibus* de Bostra.

Despues de la oracion de costumbre, el señor obispo de Paderborn habló en nombre de la comision del dogma sobre el capítulo 3º del *schema*, explicando los motivos que tenia para aceptar algunas y rechazar la gran mayoría de las enmiendas.

En seguida se votaron una por una las presentadas al primer párrafo del capítulo. Despues el mismo señor obispo habló sobre las del segundo párrafo que tambien fueron votadas como las anteriores. Del mismo modo se hizo con las enmiendas de los párrafos 3.º y 4.º, reuniendo el dictámen de la comision la cuasi unanimidad de votos.

En esta sesion se distribuyeron á los padres un suplemento de enmiendas al capítulo 3.º del *schema* y el testo del capítulo 2.º y de los cánones que contiene, tales como habian sido votados y adoptados en la congregacion anterior.

A la hora de costumbre el dia 7 se celebró la XXXIII congregacion general, diciendo la misa un arzobispo griego en este rito.

El señor obispo de Paderborn subió á la tribuna y en nombre de la comision de fe dió esplicaciones sobre los párrafos 5.º y 6.º del capítulo 3.º del *schema*, sobre las enmiendas presentadas y sobre los cánones que contiene este capítulo. Luego se procedió á la votacion, que duró mucho tiempo, por ser grandísimo el número de enmiendas.

Como en las sesiones anteriores, los padres han estado de acuerdo, adoptando por casi unanimidad las resoluciones de la comision.

Quedó votado todo el capítulo 3.º, excepto un punto que se volvió á enviar á la comision, para ser votado al dia siguiente en que debia celebrarse la congregacion 44.ª.

Los padres están muy satisfechos de la marcha de las cosas conciliares, y segun se dice, no quieren suspender los trabajos durante los calores.

En la basilica de San Pedro el viernes 8 á las nueve de la mañana se celebró la XXXIV congregacion general. Dijo la misa el señor arzobispo de Cambray, y el cardenal de Angelis rezó la oracion *Adsumus Domine Sancte Spiritus*.

El señor obispo de Poitiers, en nombre de la comision del dogma, subió á la tribuna y esplicó el pensamiento y resoluciones de la comision respecto al capítulo 4.º y enmiendas propuestas.

En seguida se votaron separadamente las enmiendas y cánones del capítulo, todo por inmensa mayoría conforme al dictámen de la comision.

Se votó tambien por unanimidad la adopcion definitiva del capítulo 2.º del *schema*.

La sesion se levantó á medio dia, siendo convocados los obispos para el martes 12. En la sesion de este dia se aprobaron definitivamente los capítulos 3.º y 4.º, y despues se votará por última vez sobre el *schema* en general para adoptarlo completamente y en conjunto. Este voto se dará diciendo separadamente cada uno de los obispos, *placet* ó *non placet*. Los que digan *non placet* deben dar la razon por escrito. Hecho todo esto, no falta mas que promulgar pública y solemnemente el *schema*, lo cual se verificará probablemente el domingo de Quasimodo.

Italia y España dice una revista francesa, son los paises de la teología, y así lo están acreditando en el concilio. El episcopado español causa admiracion por su dignidad, por su sabiduría y por su piedad. Los obispos españoles van siempre á pié, sea cual fuere el tiempo que haga, lo mismo cuando llueve que cuando hace sol.

El Sr. Gil arzobispo de Zaragoza de la orden de Predicadores se hospeda en la Minerva como un simple religioso, es el gran teólogo de la escuela española; el Sr. Monescillo obispo de Jaen es el gran orador; el Sr. Blanco obispo de Avila, tambien dominico como el Sr. Gil, es tomista y es el gran latino español. Es, como se le llama, el obispo de Santa Teresa, de esa santa á quien España llamó su *Doctora*, y bajo cuya estatua, colocada en la Basílica de San Pedro, se lee: *SANCTA TERESA SPIRITUALIS MATER.* Iguales ó parecidos elogios hacen los periódicos de Italia, Inglaterra, Alemania y América.

El *Constitutionnel* dice que la contestacion del cardenal Antonelli trata de probar que los 21 cánones no tienen el sentido que Francia les atribuye, y dice que los debates del concilio pueden modificarlos notablemente.

La Iglesia no piensa en manera alguna en inmiscuirse en la politica. Los cánones no tenían caracter para hacer salir á Francia de su abstencion. El cardenal Antonelli espera que despues de estas esplicaciones Francia no se creará fundada para insistir en su demanda.

Los prelados españoles residentes en Roma han acordado no jurar la constitucion democrática de 1869.

Los prelados comunicaron inmediatamente su resolucion al padre santo, quien se manifestó conforme con ella.

En *La Concordia* de Zaragoza hallamos la relacion de los escandalosos acontecimientos que han tenido lugar en aquella capital el domingo 27 del pasado.

Hallábase alguna gente á la puerta de la capilla protestante esperando á que se abriera: varios católicos, usando de su derecho, y á imitacion de lo que los herejes habian hecho dias antes á la puerta de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, empezaron á repartir folletos y hojas católicas.

Esto bastó para que los nuevos renegados empezaran á insultar y maltratar de hecho á los católicos, hasta el punto de querer arrastrar á uno de ellos que tuvo ya una faja por el cuello y se libró de la muerte milagrosamente.

Todo esto se hizo, no ya sin que las autoridades lo evitaran, sino contribuyendo á ello, á lo que parece, y segun resulta del relato que tenemos á la vista.

Dice este que se verificó una verdadera caceria de católicos por las calles de la ciudad, en la cual los agentes de la autoridad en compañía de los protestantes perseguian á todo el que sospechaban era católico, y le registraban y le llevaban á la cárcel, despues de apalear á algunos, ya porque se les encontraba un revolver, ó ya porque llevaban encima libros ó folletos católicos.

Un agente de la autoridad insultó á uno porque dijo *¡viva la Virgen del Pilar!* y añadió que él tambien queria á la Virgen, pero no podia tolerar que se diesen aquellos vivas porque eran subversivos.

Uno de los que fueron presos por *verle repartir hojas católicas*, fué conducido al gobierno de la provincia, fué allí declarado criminal de haber dicho *¡Viva la religion! ¡Viva la Virgen del Pilar!*, y se le envió al depósito municipal, diciéndole: «Vaya V. á la cárcel, á ver si la Virgen del Pilar le saca á V. de ella.»

En vista de semejantes escándalos, se nos ocurre preguntar: ¿en dónde estamos? ¿Es que los liberales han creído que en la católica España debia permitirse el mentido culto de los herejes, para darles licencia de perseguir á los católicos? ¿Es que nos habeis querido entregar maniatados en poder de los sectarios del error?

El dia 6 del actual abjuraron sus errores en la iglesia parroquial de San Nicolas de Sevilla los señores Pizarro, Muñoz y los dos hermanos Gonzalez Encinas, que desgraciadamente habian abandonado nuestra santa religion para arrojarse en brazos del protestantismo. Presenciaron el acto el señor provisor y fiscal eclesiástico de dicho arzobispado acompañados de un notario. Hecha la protestacion de fe, el señor Pizarro leyó un discurso relativo al asunto, y el señor cura de la parroquia hizo una plática de circunstancias que arrancó abundantes lágrimas á la numerosa concurrencia. Despues se cantó un solemne *Te-Deum*, terminando con él la ceremonia religiosa.

JUAN COLOM,

DISCURSO HISTÓRICO SOBRE LA GERMANIA DE MALLORCA

leído en la Asociacion de Católicos el dia 6 de febrero

y traducido del mallorquin al castellano

POR JOSÉ MARÍA QUADRADO ARCHIVERO DEL REINO DE MALLORCA,

Y RESPUESTA

á los artículos de periódico y al folleto del Sr. Peña

publicados sobre el mismo asunto.

Véndese en esta librería á 2 reales.

PALMA.—Imprenta de Guasp.